

Eje 2. Comisión 4. Comunicación, educación y nuevas tecnologías
Coordina Celina Morisse

Cartografiado de prácticas de comunicación/ educación

Nancy Díaz Larrañaga | Universidad Nacional de La Plata – Universidad Nacional de Quilmes, Argentina
ndiaz@unq.edu.ar

María Victoria Martin | Universidad Nacional de La Plata – Universidad Nacional de Quilmes, Argentina
mvmartin@perio.unlp.edu.ar

Resumen

La ponencia se inscribe en el trabajo de dos equipos de investigación que vienen realizando un cartografiado de prácticas de comunicación / educación en dos localidades bonaerenses: Quilmes y La Plata. Las investigaciones están radicadas en la Universidad Nacional de Quilmes y en la Universidad Nacional de La Plata, respectivamente.

La perspectiva teórica / metodológica parte de concebir a la comunicación desde su dimensión social y cultural, y desde su articulación con la educación como instancia transformadora. Es así que la perspectiva de la comunicación para el cambio social atraviesa también el andamiaje conceptual y epistemológico de nuestras investigaciones. Recuperamos la pregunta por las políticas de proximidad para pensar las prácticas relevadas.

Este acercamiento se materializa en su dimensión metodológica desde la sistematización de prácticas y el cartografiado de las mismas en su localización espacial, pero sobre todo simbólico. El cartografiado nos permite mapear y realizar análisis transversales de manera relacional. Trabajamos con organizaciones formales o informales de la sociedad civil, que realizan prácticas en el territorio de manera situada y duradera en el tiempo, concebidas desde la interpelación de los sujetos y la proximidad. En este sentido, deben tener un anclaje barrial / territorial y una interpelación y/o trabajo con otros.

Durante este tiempo de pandemia y aislamiento preventivo, el trabajo de campo se vio resignificado. Tanto nuestro equipo de investigación como las mismas prácticas, se reconfiguraron, y se siguen modificando a la luz de los cambios sociales, culturales, económicos y sanitarios. En la presente ponencia reflexionamos sobre las dificultades metodológicas

que se nos presentaron y transformaciones que se implementaron, incorporando el mapeo a partir de las publicaciones en las redes sociales.

El trabajo se sustenta en la revisión de los derechos a la comunicación de los colectivos que forman parte de las prácticas relevadas y cómo dichos procesos se resignificaron en el contexto de pandemia.

Palabras clave: cartografiado, comunicación, educación

Un mapa conceptual

El presente trabajo recoge la experiencia de dos equipos de investigación que se vieron forzados a reformular su estrategia metodológica en virtud del aislamiento resultante de la pandemia.

Uno de los proyectos es "Cruces entre lo educativo y el cambio social: cartografiado de prácticas sociales y comunicacionales", radicado en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP - Argentina. Con características similares, la investigación "Cartografiado de prácticas sociales, educativas y comunicacionales", se enmarca en las propuestas de la Universidad Nacional de Quilmes.

Con llegada a distintos territorios (Bernal y La Plata), la finalidad de los mismos consiste en realizar un cartografiado de prácticas no formales de comunicación/educación, con la perspectiva de relevar sus propuestas y promover su fortalecimiento conjunto con vistas al cambio social.

El posicionamiento teórico se configura a partir de entender a la Comunicación como una dimensión co-constitutiva de lo social, como un posicionamiento desde donde podemos comprender a los sujetos y a las estructuras sociales, en términos colectivos más que individuales. Desde esa concepción, hoy resulta más evidente que nunca, necesitamos modos de aproximación comunicacionales y de prácticas comunicativas que apunten a reconstituir el tejido social que se vio fragmentado en estos últimos años. Si, como señala Jesús Martín Barbero, la comunicación es una cuestión de mediaciones, entonces adquiere un lugar central en los procesos de socialización y en la construcción de significados comunes que puedan poner en diálogo lo que hoy aparece fragmentado y disperso. Estos procesos de puesta en común con el otro, de socialización, necesitan de fuertes consensos contruidos social y culturalmente.

De esta manera, entendemos que preguntarnos por las propuestas y alcances de las prácticas sociales configura un cierto tipo de interpelación, y por lo tanto, de construcción identitaria y de relaciones de socialidad entre los sujetos que participan en ellas. Además, esas respuestas organizadas mediante la construcción de tipologías, habilita identificar prácticas similares para poder pensar y proponer relaciones entre las distintas organizaciones que las llevan adelante, apuntando a un posible fortalecimiento y accionar conjunto.

En otras palabras, el objetivo a alcanzar es realizar una intervención desde, en y con el territorio; se trata de tomar parte en un asunto, decisión o conflicto, como pueden ser las "formas de vincularidad" y, por lo tanto, la consecuente producción social de sentidos y/o construcción material. Desde esta misma dimensión, el abordaje comunicacional deberá prestar atención simultáneamente a los sentidos instituidos y sus tensiones y disputas con los sentidos instituyentes, haciendo énfasis en los intersticios, en las interacciones y en los movimientos.

Otro de nuestros conceptos clave es el cambio social: transformación que surge de la voluntad, que nos permite promover la participación, el diálogo entre diferentes actores y

contextos, generar procesos creativos, de toma de decisiones. Consideramos que es a partir de esas prácticas que resulta posible construir confianza, reivindicar el conocimiento local, poner el cuerpo, respaldando un crecimiento y promoviendo políticas que emanen de los propios deseos, necesidades e intereses de una comunidad. El cambio social es simultáneamente un enfoque y un posicionamiento y, como tal, debe pensarse como voluntad política, transversal a las prácticas y que no fragmente territorios, sujetos ni saberes; en oposición a las políticas "para" el desarrollo en cualquiera de sus expresiones (desde los lineamientos macro de las normativas públicas hasta las concepciones ligadas a la idea de desarrollo). Al apartarse de la idea de un proceso externo o lineal, el cambio social promueve ciertos tipos de crecimiento de acuerdo al contexto y a los actores singulares que integran una experiencia. Es así que creemos que el cambio social... "supone, necesariamente, las transformaciones de las condiciones de vida de los grupos humanos, de su estructura y de su sistema de valores. Aún con distintos actores y en diferentes contextos, el cambio social siempre tiene que ver con procesos de transformación y/o modificación y/o emancipación" (Martin y Díaz Larrañaga, 2018, p. 245). Por eso, es desde las prácticas, y sólo desde ellas, desde donde los sujetos pueden viabilizar procesos de cambio social. Un tercer eje desde el cual abordamos el fenómeno, es el de comunicación/educación. Entendida como ámbito de reconocimiento del otro en la trama del "nos-otros", implica un encuentro y reconstrucción permanente de sentidos, de núcleos arquetípicos, de utopías, entretejidos en un magma que llamamos cultura. La Comunicación/Educación, comprendidas como nociones diferenciales pero que no pueden ser abordadas por separado, se ubica en las coordenadas de la cultura, entendida como espacio de hegemonía. Es por eso que desde la perspectiva metodológica elegida, se parte del campo material desde el que se procura producir sentido en cuanto admitir la emergencia de lo que es relevante para el mismo, generando conceptos y relaciones que permitan su comprensión, en la articulación cultural y política. El estrecho vínculo entre intervención e investigación es parte de su constitución como campo y es, justamente, lo que le imprime dinamismo, complejidad y un compromiso doble con la producción de teoría pero también con la praxis. En cuarto lugar, atendiendo el posicionamiento respecto de la dinámica cultural, que concibe a los sujetos situados histórica y socioculturalmente y a las prácticas que llevan adelante a partir de esquemas de representación distintos y en negociación constante con los significados sociales, la noción de proximidad se vuelve central. Aunque gran parte de las definiciones relevadas en el estado del arte de las investigaciones visibiliza la problemática desde las políticas públicas, nuestro trabajo las entiende como aquellas que surgen de los mismos grupos u organizaciones sociales y no como políticas de Estado: las políticas de proximidad trabajan con la comunidad y no en la comunidad o para la comunidad, siendo indistinto que se apoyen -o no- en estas iniciativas estatales, ya que, en tal caso, las trascienden. No se trata del rol mediador que podrían tener estas políticas (entre un Estado o administración central y sus destinatarios o intentando subsanar alguna des-

igualdad o vulnerabilidad), sino que las concebimos como gestoras de procesos de cambio social y proyectos que se configuran desde y para los propios protagonistas que integran y conforman las prácticas.

Subirats señala que la perspectiva comunitaria como una alternativa ligada a la concepción acerca de “lo público que no se agota en la estructura estrictamente institucional” (Subirats, 2017). Y agrega que las respuestas para garantizar la protección y la emancipación sólo podrán fundarse en la proximidad desde el territorio, de manera tal que se generen espacios que faciliten un mayor protagonismo social y un reforzamiento de la educación pública aprovechando las capacidades institucionales. De esta manera, los ámbitos sociocomunitarios serían los que más favorecen experiencias y prácticas que producen y recrean sentidos sociales desde y para los sujetos involucrados en los mismos, que pueden promover y potenciar la transformación al poner en tensión/cuestionar los discursos hegemónicos sobre su lugar en el mundo en el marco de una teoría de los actores sociales (individual y colectivamente); su propia relación con el orden institucional y cultural instituido; cuáles son sus derechos, en qué futuro pueden proyectarse, etc. De aquí, junto con la idea de proximidad esbozada anteriormente, se desprende como premisa para focalizar el análisis, el relevamiento de prácticas de comunicación/educación en el ámbito no formal. En los ámbitos sociocomunitarios y no formales, los mismos participantes son quienes definen esa proximidad y sus límites (simbólicos, sociales y culturales más que espaciales, geográficos o físico- territoriales), construyendo como correlato una idea de lo propio, lo comunitario o lo local. Entonces, desde esos ámbitos pueden reconfigurarse también las interacciones con lo ajeno, lo institucional macro, o el Estado. Y desde allí pueden identificarse y entablarse redes con otros colectivos con prácticas similares.

En resumen, los pilares conceptuales sobre los cuales se vertebran los proyectos de investigación presentados, se relacionan con la comunicación como práctica co-constitutiva de lo social y lugar de mediación y entretelado de socialidad de los sujetos individuales y colectivos; la intervención en territorio a partir de la práctica investigativa; el cambio social a partir de políticas de proximidad gestadas entre los mismos actores y con anclaje territorial y la comunicación/ educación como ámbito de reconocimiento, encuentro y reconstrucción de sentidos culturales, en el marco de prácticas no formales.

El cartografiado como metodología

Como recurso estratégico para la intervención cultural, el Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico plantea como objetivos de las cartografías culturales:

“Primero generando información tanto estadística como cualitativa; de lo que se trata es de planificar los equipamientos sobre el territorio, un buen mapa de equipamientos es el instrumento básico de partida. Incidimos así en el mapa como diagnóstico, como información de partida. Enlazamos así con el segundo gran objetivo,

ayudar a tomar decisiones sobre políticas culturales públicas. Si desconocemos la distribución de nuestros teatros, de las poblaciones que atienden, cómo decidir dónde construir el siguiente. En tercer lugar, se trata de mejorar la gestión cultural territorial. Y en último lugar, un objetivo no menor que los anteriores sino complementario, conocer los recursos del ámbito de la cultura. Y conocer bien, es decir incidiendo tanto en las carencias como en las potencialidades" (Ben, 2005: p.14).

La UNESCO postula a la cartografía cultural como una herramienta y técnica centrales de preservación, por lo que el enfoque de la cartografía cultural en las últimas décadas ha predominado para estudiar y comprender los sectores de la industria cultural y creativa al momento de tomar decisiones políticas. Como ventaja adicional, el propio proceso puede generar una concienciación de los agentes y fomentar la colaboración de los actores. Según Soto, la cartografía cultural consiste en construir un modelo de información territorial en el que se ubican los recursos de la actividad cultural (equipamiento, actores culturales, patrimonio y manifestaciones colectivas), en ciertas coordenadas espaciales para ser que puedan ser relacionados entre sí y analizados de acuerdo a su distancia, distribución y densidad en el espacio.

Un enfoque más amplio es el de la cartografía cultural participativa, que persigue recoger, analizar y sintetizar información, con el objetivo de describir

"los recursos culturales, las redes, los vínculos y los hábitos de utilización de un territorio, una comunidad o un grupo. Los mapas participativos proporcionan una valiosa representación visual de lo que una comunidad considera que es su lugar y de sus características distintivas, en alianza con los gobiernos municipales y las instituciones de la cultura. Abarcan descripciones de los rasgos físicos naturales, de los recursos y de los rasgos socioculturales conocidos por la comunidad" (Tena y otros; 2017: p.9).

En el caso de la perspectiva teórico- metodológica adoptada, el cartografiado no se agota en un inventario de los equipamientos, recursos o espacios destinados a la cultura para trascender a otros aspectos: el reconocimiento territorial que se construye caminando las calles, recorriendo los barrios, visibilizando los espacios que potencialmente albergan prácticas de comunicación/educación, conociendo los relatos sobre sus creadores, las vivencias y experiencias de sus integrantes, las tramas de relaciones, las asociaciones, entre otros. Además, como señalamos, no nos enfocamos en las políticas públicas sino en las prácticas no formales.

Se trata de una aproximación multidisciplinar. En un primer momento, se transita la dimensión institucional, al acercarse a partir de la presencia física objetivada en un espacio edilicio, identificación que se completa con listados y referencias online a través de redes

y algoritmos. Llegado ese punto, el trabajo de campo del cartografiado nos permite el contacto con los vecinos partícipes de dichas prácticas, para indagar sobre ellas, conocerlas, nombrarlas y sistematizarlas. En su dimensión dinámica, las mismas prácticas y sus protagonistas son quienes completan el mapeado poniendo en valor otros espacios similares aún no identificados, incluso con prácticas que no presentan una espacialidad establecida, o prácticas con otro tipo de presencia territorial.

La representación gráfica es el último tramo del proceso, que plasma en un mapa significados transitados desde aspectos cualitativos en el trabajo de campo que, como dijimos, excede el inventariado de equipamientos, recursos, instituciones, lugares. La posibilidad de identificar las relaciones existentes se torna el aspecto más significativo, ya que concebimos a la práctica como situada y a la vez dinámica.

Desafíos de cartografiar en tiempo de aislamiento

Aunque podríamos hacer referencias a múltiples desafíos, nos centraremos en dos: un doble desanclaje territorial y la tensión on y offline.

Ante la irrupción de la pandemia, la vorágine que implicó la vida cotidiana y las obligaciones como docentes que necesitaban virtualizar y llevar al online las propuestas, solo dejaron lugar para una certeza respecto de la investigación, y no era auspiciosa: esa dimensión co-constitutiva de la labor profesional, debía transformarse en relación a los tiempos y a las modos de asumirla. Superado ese primer momento de conmoción en el que vimos truncada la etnografía territorial, comenzamos a evaluar opciones para reconfigurar algunas dimensiones metodológicas.

En cuanto a lo metodológico, la imposibilidad de estar presencialmente en nuestros territorios, sumado a que las mismas prácticas debían modificar la presencialidad que las caracterizaba, implicaba un doble desafío. Acorde al posicionamiento inicial, que recuperaba políticas de proximidad de los ámbitos sociocomunitarios, el encuentro de los cuerpos, cómo modo constitutivo de los sujetos dentro de un entramado sociocultural, se veía en el mejor de los casos, protocolizado a partir de la utilización de máscaras, barbijos y otros dispositivos de protección; perdiendo su frecuencia y los espacios de construcción conjunta, limitado a llevar o recoger ciertas mercaderías. Algunos espacios lograron mantener una cierta continuidad a través de dispositivos tecnológicos, como las clases de apoyo y las propuestas de algunos talleres e intercambios, pero siempre supeditados a la disponibilidad de equipamiento y de conectividad de los protagonistas, ya no como colectivo o miembros de esas organizaciones sino según sus posibilidades individuales.

En segundo lugar, si resultaba imposible acercarse a esos territorios, no era menos cierto que los espacios físicos dentro de los cuales veníamos desarrollando nuestro propio trabajo como equipo de investigación: con aulas y oficinas de la universidad reconvertidas en espacios de contención para pacientes positivos, nuestros propios hogares transformados en burbujas y el requerimiento de habilitaciones justificadas para circular, los únicos en-

cuentros pensables eran a través de plataformas para videollamadas. Al igual que en el caso de quienes participaban de las prácticas elegidas, también quedábamos librados a nuestros propios recursos de dispositivos y conectividad.

En definitiva, este doble desanclaje territorial, ponía de relieve la necesidad de reconfigurar los modos de hacer el relevamiento e interactuar con los objetos, las dinámicas del trabajo grupal al interior del equipo y las prioridades que nos habíamos fijado, atrapadas entre lo planeado y lo posible. No sabíamos –y aún lo ignoramos– cuáles son las posibilidades tecnológicas, capacidades intelectuales, condicionamientos psicológicos y subjetivos de los miembros de esas prácticas y apenas podríamos llegar a arriesgar sobre los nuestros, pero sí debemos tener en claro que la función primera hoy debería ser la de contener y contenernos, para no perder de vista que cada organización elegida para trabajar, porque era uno de los requisitos, conforma, antes que nada, una comunidad.

Un segundo desafío se relaciona con una tensión preexistente: la articulación entre el on y el offline. Los ejes desde los cuales construimos nuestra perspectiva comunicacional y cultural, se reconfiguran a partir de la imposibilidad de llevar adelante las actividades presenciales en donde se ponen en juego el reconocimiento del otro y del nosotros en un encuentro y reconstrucción permanentes. Paradójicamente, en el contexto de emergencia, la pregunta por la articulación entre organizaciones que llevan adelante políticas de proximidad (no en el sentido público sino de vincularidad con el territorio) con vistas a promover redes, se vuelve prioritaria. Este cambio de condiciones de investigación nos impulsó a reconfigurar nuestras propias categorías teóricas, principalmente porque la instancia inicial del cambio social también empezó a tener otra dimensión al interior de estas mismas prácticas. El sentido de cambio social, en tanto hacia dónde o qué se espera en estas condiciones ahora desconfiguradas por las realidades que impone la pandemia, debe volver a reconstituirse en el presente, por lo que reposicionan la idea de cambio.

Además, las políticas de proximidad se fueron enfocando de maneras mucho más específicas, perdiendo ese sesgo de proximidad entendida solamente en términos estrictos de lo físico para reorientarse más en términos socioculturales, una dimensión vincular que hoy también se vuelve afectiva y que sostiene lazos, tal como lo propusimos inicialmente. El desafío de las prácticas de seguir “próximas” en contextos de aislamiento y distanciamiento, ponen en el centro de la discusión, una vez más, la vincularidad y socialidad que este tipo de prácticas pretenden generar.

Otro eje se relaciona con la revisión de las formas en que llevamos adelante los proyectos de investigación. Llegar a territorio suele ser un momento central en la enunciación y en la planificación pero difícil de concretar por las dificultades que conlleva acordar con los protagonistas, el costo de traslados y materiales, el registro y sistematización posterior, entre otros. En contexto de aislamiento, este desafío fue aún mayor o casi imposible de concretar. Se evidenció, con mucho más énfasis, el lugar de las prácticas mediadas por tecnologías. Desde este lugar, el mapeo continuó pero bajo la modalidad virtual. La propuesta de un

relevamiento mixto que combine el on y el offline, da cuenta que vivimos en un mundo atravesado por prácticas que se mueven en estos dos planos (y ambos deben tenerse en cuenta), pero también de la hibridez necesaria en el mismo proceso de investigación. Si bien existe bibliografía que se ocupa de las etnografías virtuales, todavía hay muchos debates sobre su abordaje e implementación. En este sentido, la reformulación del cartografiado en clave virtual generó instancias de reflexión y reconsideración del aspecto metodológico, pero también de la concepción sobre las mismas prácticas a indagar. En definitiva, se puso en discusión qué, para qué y cómo investigar, reafirmando nuestro objetivo inicial y lo importante del mismo más aún en este contexto. Más allá de las complicaciones de sostener la propuesta metodológica original y que en los últimos años las estrategias de abordaje hayan sido híbridas, claramente la balanza se inclinó al online. Esta situación nos lleva a reflexionar sobre nuestra propia capacidad de transformación como sujetos investigadores en diálogo crítico con el contexto.

Derechos y necesidad: la comunicación de los colectivos en tiempos de aislamiento

Las políticas de proximidad llevadas a cabo por distintas organizaciones en los territorios tuvieron una capacidad de adaptación activa al contexto. La identificación de estas nuevas prácticas no hizo otra cosa más que confirmar que las mismas eran protagonistas de procesos de cambio social desde la perspectiva de comunicación/educación.

Frente al aislamiento necesario y preventivo, las organizaciones reinventaron las formas de estar juntos; reconfiguraron sus prácticas comprendiendo que lo central era sostener la sociabilidad y la trama que los unía. Esa red fue y sigue siendo comunicacional.

En clave de Antonio Pasqualí (1972), el reconocimiento del otro desde lo ético, lo moral y sus necesidades, llevaron a ocupar espacios y acciones distintas: donde antes había talleres y apoyo escolar, ahora había embalaje de productos alimenticios que se repartían a cada familia. Así, las transformaciones fueron creativas, proactivas y perceptivas de las múltiples realidades que las distintas comunidades barriales estaban atravesando.

Solo las prácticas que provienen de una perspectiva de comunicación/cultura arraigada en los territorios son capaces de reinventarse con la fuerza de la necesidad del otro, a través de la escucha atenta, posibilitando la continuidad del vínculo. Dicho vínculo es el derecho que les permite transformar el aislamiento y el distanciamiento en cuidado con protocolos, porque transitando la pandemia de forma conjunta el aislamiento no es sinónimo de solitario e individual, sino de cuidado colectivo a la distancia.

Entonces, este tiempo se trató de volver a las bases, de recomponer el piso que posibilitaba el resto de las prácticas, de desnaturalizar para volver a tejer esa trama que los y nos convierte en comunidad. De volver al territorio, de volver a la academia, comunidades de las cuales nunca nos fuimos pero volvimos diferentes.

Referencias bibliográficas

BEN, L. (2002). "Reflexiones sobre Cartografía Cultural. Elaboración de mapas de equipamiento en las provincias de Cádiz y Tetuán" PH Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, nº55, pp. 6-29. En línea: <https://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/2042>

DÍAZ LARRAÑAGA, N. y Martín, M.V. (2018). "Políticas de proximidad e inclusión educativa". *xx° Congreso de REDCOM y Primer Congreso Latinoamericano de Comunicación de la Universidad Nacional de Villa María*. Octubre. Universidad Nacional de Villa María.

PASQUALI, A. (1972). *Comunicación y cultura de masas*. Monte Ávila, Caracas.

SOTO LABBÉ, P. (2008). "*Propuestas metodológicas para una cartografía cultural*". Colección Cuadernos de Talleres de Gestión Pública de Políticas Culturales, nº1. Quito: Ministerio de Cultura del Ecuador.

SUBIRATS, J. (2017): "Educación y proximidad". *Diario de la Educación*. En línea: <http://eldiariodelaeducacion.com/blog/2017/04/04/educacion-y-proximidad-que-ganamos/>
Fecha de consulta: 20/06/2018

TENA, A., García, E. E., Nájera, I. I., & Guzmán, M. E. B. (2017). La Cartografía Cultural Participativa y las Políticas Locales para la Cultura y la Creatividad. *Interconectando Saberes*, (4), 1-14. En línea: <https://is.uv.mx/index.php/IS/article/viewFile/2538/4444> Fecha de acceso: 15/08/21